

# “Bajar la voz, alzar la palabra”

## Breve ensayo sobre el secreto

Aleix Rodríguez Gracia

Estar en la fiesta de un amigo íntimo te da la confianza del psicólogo o del médico de cabecera: conoces más a los pacientes que van a entrar de lo que ellos creen. Siempre que una persona muy cercana me invita a su aniversario trato de llegar el primero para ayudar (mentira) y para sentarme a esperar a que lleguen los invitados, con una copa de vino y con esa sensación amarga pero triunfadora que da la arrogancia del que sabe cosas que el resto no imaginan que puedas llegar a saber. Van entrando por la puerta y uno ve caras y vestimentas, pero también infidelidades, miedos y experiencias vergonzosas.

Te levantas a saludar y preguntas con cinismo algo que ya sabes, para no comprometer al amigo. Como un juez que ha hablado con el fiscal sin que el sospechoso lo sepa, contrastas la información que tienes con la que te da ahora el acusado. No das crédito al cuento que te está vendiendo. Miras a tu confidente, que está atento a ese momento porque su secreto encerrará más cosas de las confesadas si las versiones no coinciden: no solo que el sujeto en cuestión miente, sino que se podrá deducir cómo y por qué lo está haciendo. *Las amistades peligrosas* eran esto.

Muchas veces, en realidad, la información sirve para no meter la pata: una ruptura imprevista, una muerte trágica e inesperada, un despido... Agradeces saber todo aquello porque en el gesto de contarte algo privado y desagradable, tu colega te está dando la ventaja del saber estar. Su preocupación para que sepas moverte entre conversaciones escabrosas deja entrever un amor desinteresado, atento a posibles deslices verbales. Más allá de evitarle al prójimo futuras incomodidades con los demás comensales, se pone al día de intimidades ajenas para evitar esa terrible notificación: “Ya me lo podrías haber dicho antes”. En ella, no hay exactamente una queja por haberla cagado preguntando algo imprudente. Se trata más bien del lamento por la

pequeña ruptura que se acaba de abrir ante la falta de confianza. Y olvidarse no es excusa: justamente la consideración del otro es lo que está sobre la mesa. Porque el secreto confiere cercanía, unidad entre el emisor y el receptor. Incluso si se trata de un cotilleo banal e irrisorio, el secreto implica cierta seriedad ritual, una preparación que consiste en aislamiento (para no ser escuchado por terceros), silencio y escucha.

Los niños lo saben muy bien: se acercan y colocan las manos para que las palabras solo fluyan de la boca a la oreja, bajan el tono de voz y luego te miran a los ojos, para confirmar que lo que se cuenta va en serio, para comprobar que lo confesado ha entrado dentro de ti. Entienden que en ese acto tiene lugar una suerte de transformación, no solo porque habrá una transferencia informativa, sino porque el que oye no será el mismo después: sabrá algo que antes no sabía, y se habrá convertido en alguien suficientemente importante como para ser el depósito de la confianza.

Y no confundir secreto con rumor. Lo segundo, como todo chisme, no se sabe muy bien de donde sale, de donde viene; se sabe hacia dónde apunta, pero juega a poner en circulación las relaciones y potencias entre lo cierto y lo falso. Es de todos y de nadie. El secreto, sin embargo, funda una verdad.

Andrea Kottow escribe que “el secreto se viste de lo irrepetible”. Cuando cuentas un secreto, se sabe que aquello puede ser usado en tu contra; confías en que no se repetirá en bocas ajenas. Por eso, la respuesta del secreto es el silencio. Al recibirlo, nos cosemos la boca con ese gesto tan arcaico como compartido –quizás arcaico por compartido– y esperamos que nadie nunca nos pregunte por ello, ya que eso implicaría un replanteamiento ético. Si respondemos que nada sabemos del asunto en cuestión, estaremos mintiendo; si, por el contrario, hablamos, traicionaremos una amistad. Ante tal situación el secreto puede plantearse como una ofrenda envenenada, pesada porque desde el momento en que se recibe, se carga también con una responsabilidad: ¿decirlo o no decirlo? Esa es la cuestión.

Aunque no se puede culpar a quien nos cuenta un secreto, que quema como ascuas en la mano cuando lo sabido no va con nosotros, pero que ahoga como la marea alta

cuando se trata, justamente, de uno mismo. Sobre lo primero, nada hay que lo ilustre mejor que el bocazas que arruina una fiesta de cumpleaños sorpresa. No vale excusarle

con el comodín del despiste: hacerse cargo de un secreto va de la mano con la sensatez y el compromiso. A veces es mucho más complejo. Ante los cuernos de una pareja conocida, revelar el adulterio o no supone asumir un estadio moral u otro. El fantoche que pretende justificarse con el cumplimiento del secreto, con ese “juré no contárselo a nadie”, es el que luego incurre en la misma vileza.

Lo segundo –el secreto de uno mismo– lo ilustra palmariamente Raskolnikov, protagonista de *Crimen y castigo*, de Dostoievski. Tras matar a una vieja usurera ante un arrebato de grandeza y soberbia, el protagonista se convierte en el único conocedor del asesinato perpetrado. Su obsesión por el homicidio y la culpa lo encierran en su propia angustia paranoica, donde la imposibilidad de ser el único conocedor del crimen puede llegar a significar que, irremediabilmente, alguien más lo sabe. Si quiere volver a sentirse en sociedad, si en algún momento quiere salir de la monomanía que lo clausura en sí mismo, deberá confesar. Compartir el secreto supone, a su vez, salir de la trampa autotendida. Hacerlo es la única manera de huir del aprisionamiento con uno mismo.

Pero poniéndonos serios, podemos considerar que el secreto, en realidad, no existe hasta que es contado. Lo explica Fernández Porta: el secreto se engendra en el instante de su confesión. “Antes de ser expresado, no había secreto”. Es creación encarcelada en el frasco del vocablo oral. *Poiésis* que, a su vez, instaura algo más en el confidente; sin este pedirlo, ni acaso esperarlo, recibe con pasmo una dádiva como los padres sorprendidos por la cigüeña.

De hecho, jamás se pregunta si se quiere saber un secreto: se confiesa subyugando al otro a él. En boca de Claudio Magris, el secreto está atravesado por el poder, pues oblige al otro a escucharlo. De ese sometimiento surge una contradicción al situarse el confesor en una posición de vulnerabilidad. Paradójicamente, me torno indefenso al

transferir un poder que quizás no debería estar brindando. Me desprotejo en un salto de fe hacia el amigo. Jamás se desvela una intimidad si no hay plena credulidad en el otro, pues el secreto, gesto insobornable de confianza, es lo más susceptible de convertirse en traición. Quizás por eso quedamos para contarlos: la palabra hablada es invisible, no deja rastro; la escrita, en su fisicidad, es indeleble, amenazante y a la vista de todos.

Y eso no desvirtúa. La oralidad asegura que has hecho lo que debías hacer: el murmullo a la oreja confirma que el mensaje ha encontrado el destinatario buscado. Una carta puede extraviarse –y en la actualidad, un mensaje *hackearse*–, por lo que el secreto en voz espreciado por su absoluta exclusividad. Una epístola de amor que rula por un instituto, todos lo sabemos, es la rueda de la fortuna de las vergüenzas adolescentes: basta con que caiga en manos equivocadas para que el escarnio público y diario sean la condena que te acompañe hasta fin de curso.

Si muchos saben de él, deja de ser secreto. Porque la naturaleza de todo secreto es estar sujeto a su posible desaparición. La efimeridad es parte de su genética. Cuántas promesas de silencio que por cumplidas han encubierto a canallas o sentenciado a inocentes. Cuántos mapas del tesoro se habrán ido a la tumba por piratas que, por no poder disfrutar de la riqueza en vida, han preferido arrastrarla con ellos a la muerte.